



SOBREMESA CON IVÁN

100 AÑOS DE IVÁN ILLICH
UNA INVITACIÓN A SENTARNOS CON SU OBRA,
CONVERSAR CON SUS PREGUNTAS
Y VOLVER A MIRAR NUESTRO MUNDO

Documento de Trabajo 21
Septiembre 2026

Contenido

Antes de sentarnos a la mesa	3
¿Quién fue Ivan Illich?	4
¿Por qué volver a sentarnos con Illich después de cien años?	7
La mesa no es un aula	8
Primera sobremesa Las instituciones que prometen ayudarnos	10
Segunda sobremesa La herramienta que termina gobernándonos	11
Tercera sobremesa El problema del “más”	12
Cuarta sobremesa Cuando cuidar, educar y ayudar producen dependencia	13
Quinta sobremesa Escuchar lo que quedó fuera	14
Sexta sobremesa Aprender a discutir con Iván	15
Séptima sobremesa Una ética para conversar	16
La sobremesa como práctica	17
Una pequeña caja de herramientas para la sobremesa	18
¿Qué hacemos con estas preguntas en Costa Rica?	19
Una última taza ¿Qué nos llevamos de la mesa?	20
Para jugar con Iván	21
Para levantarnos de la mesa	27



Antes de sentarnos a la mesa

Hay muchas maneras de celebrar los cien años del nacimiento de un pensador. Podemos hacer una cronología de su vida, ordenar sus libros, resumir sus conceptos, recuperar sus frases más conocidas y explicar por qué continúa siendo importante. Podemos intentar construir una imagen coherente de su pensamiento y ofrecerla como legado.

También podemos hacer algo diferente. Podemos sentarnos a conversar con él.

Esta propuesta parte de una intuición que encontramos en Javier Sicilia cuando recuerda a Iván Illich después del cierre del Centro Intercultural de Documentación. Alejado de las “candlejas”, aparece otra dimensión de su presencia: la del amigo hospitalario, el colega cuyas intuiciones abrían nuevas pistas y que acompañaba el pensamiento con sus consejos, sus correcciones y su ejemplo.

La imagen es poderosa porque nos permite acercarnos a Illich de otra manera. No solamente como quien consulta a un autor para conocer sus ideas, sino como quien se encuentra con alguien y entra en conversación. Y conversar supone escuchar, pero también responder; dejarse interpelar, pero conservar la posibilidad de disentir; reconocer una pregunta, pero no apresurarse a cerrarla con una respuesta.

Por eso esta propuesta se llama Sobremesa con Iván.

La sobremesa es ese tiempo que comienza cuando aparentemente ya hemos terminado de comer, pero la conversación apenas empieza. Es el momento en que dejamos de cumplir una agenda y aparecen las historias, las asociaciones inesperadas, las preguntas que no estaban previstas y los desacuerdos que pueden durar mucho más que la comida.

Queremos que así sea nuestra aproximación a Illich.

No una clase sobre Illich. No un examen sobre Illich. No una colección de citas de Illich.

Una mesa alrededor de la cual podamos abrir sus libros, encontrarnos con sus preguntas y preguntarnos qué tienen todavía para decirnos.

Porque quizá la mejor manera de conmemorar sus cien años no sea recordar todo lo que Illich pensó, sino recuperar algo de la manera en que pensaba.

¿Quién fue Ivan Illich?

Iván Illich (1926–2002) fue un pensador y crítico social nacido en Viena, cuya obra se desarrolló en buena medida desde América Latina. En los años sesenta fundó en Cuernavaca, México, el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), un espacio de encuentro y reflexión sobre educación, cultura y transformación social.

Su pensamiento cuestionó el papel de las instituciones modernas cuando, en lugar de ampliar las capacidades de las personas, generan dependencia y terminan definiendo cómo debemos aprender, vivir y relacionarnos. En textos como *La sociedad desescolarizada* y *La convivencialidad*, planteó la necesidad de recuperar la autonomía, el aprendizaje cotidiano y las capacidades de las comunidades para construir otras formas de vida.

Más que ofrecer respuestas cerradas, Illich nos dejó preguntas incómodas sobre aquello que damos por necesario, natural o inevitable. Su obra nos invita a mirar críticamente las instituciones y a preguntarnos qué capacidades podemos recuperar cuando volvemos a encontrarnos, conversar y aprender entre nosotros y nosotras.

Conceptos clave

Desescolarización: Illich cuestiona la idea de que aprender depende necesariamente de la escuela. Propone reconocer que el aprendizaje ocurre también en la vida cotidiana, en las relaciones, en las comunidades y en los encuentros entre personas.

Convivencialidad: refiere a formas de organizar la vida en las que las herramientas y las instituciones están al servicio de la autonomía de las personas, y no al contrario. Se trata de recuperar la capacidad de hacer, decidir, crear y aprender colectivamente.

Autonomía: para Illich, una sociedad saludable es aquella que permite a las personas y comunidades desarrollar sus propias capacidades sin depender permanentemente de instituciones que definan sus necesidades y posibilidades.

Límites: Illich nos invita a preguntarnos qué sucede cuando una institución o una herramienta supera ciertos límites y aquello que buscaba resolver comienza a producir dependencia, desigualdad o pérdida de capacidades.



¿Por qué volver a sentarnos con Illich después de cien años?

Volver a Illich no significa suponer que tenía las respuestas para nuestro presente. Significa reconocer que algunas de sus preguntas continúan siendo incómodamente actuales.

¿Qué sucede cuando una institución creada para satisfacer una necesidad termina produciendo dependencia? ¿Qué ocurre cuando una herramienta que debía estar a nuestro servicio comienza a organizar nuestra vida? ¿Cuándo una tecnología deja de ampliar nuestras posibilidades y empieza a reducirlas? ¿Cuándo el crecimiento deja de significar bienestar? ¿Qué saberes desaparecen cuando la vida cotidiana comienza a ser administrada por expertos? Estas preguntas atraviesan buena parte de la obra de Illich.

Su radicalidad no consiste únicamente en las respuestas que ofreció. Está también en su disposición a poner en duda aquello que una sociedad considera obvio. La escuela no siempre fue como la conocemos. La medicina no siempre estuvo organizada como servicio. El trabajo no siempre significó empleo. El agua no siempre fue entendida como recurso. La movilidad no siempre significó velocidad. El conocimiento no siempre estuvo encerrado en instituciones profesionales.

Preguntar por la historia de estas cosas significa recuperar la posibilidad de imaginarlas de otra manera.

Podemos comenzar nuestra sobremesa con una pregunta sencilla: ¿Qué cosas de nuestro mundo damos por naturales simplemente porque hemos olvidado que tuvieron un comienzo?

No necesitamos responderla inmediatamente.

La dejamos sobre la mesa.

La mesa no es un aula

Hay una diferencia entre aprender sobre Illich y aprender con Illich.

Aprender sobre él puede llevarnos a conocer fechas, libros, conceptos y acontecimientos. Aprender con él supone dejar que una idea nos ayude a mirar nuestra propia experiencia.

Esta diferencia importa porque Illich no construyó una teoría para ser repetida como doctrina. Su obra puede ofrecernos herramientas para investigar, pero esas herramientas deben ser utilizadas sobre nuestro propio mundo. Una herramienta sirve cuando nos permite hacer algo; deja de servir cuando nos limitamos a admirarla.

Por eso, en esta sobremesa, cada lectura puede estar acompañada por una pregunta que nos devuelva a la experiencia: ¿qué me permite ver esto que antes no veía? Y junto a ella otra, igualmente importante: ¿qué no alcanza a explicar?

Una obra permanece viva no porque encontremos la interpretación correcta de ella, sino porque todavía consigue abrir una conversación.

La invitación, entonces, no es a convertirnos en especialistas de Illich. Es a convertirnos, aunque sea por un rato, en sus interlocutores.



Primera sobremesa

Las instituciones que prometen ayudarnos

Podemos comenzar con una de las preguntas más fecundas que atraviesa su pensamiento: ¿Qué ocurre cuando una institución empieza a producir lo contrario de aquello que promete?

La pregunta desplaza nuestra mirada. En lugar de observar solamente las declaraciones, los objetivos o las buenas intenciones de una institución, nos obliga a mirar sus efectos.

La escuela dice que educa. Pero podemos preguntarnos qué formas de aprendizaje hace posibles y cuáles termina obstaculizando. Un hospital dice que cura. Podemos preguntar qué formas de cuidado fortalece y cuáles desplaza. Un sistema de transporte promete acercarnos y ahorrar tiempo, pero podemos preguntarnos cuánto tiempo de nuestra vida termina consumiendo. Una universidad dice que produce conocimiento y forma profesionales, pero podemos preguntar qué conocimientos reconoce, cuáles deja fuera y quién decide qué cuenta como conocimiento.

No se trata de decidir rápidamente si una institución es buena o mala. Se trata de hacer visible la distancia entre lo que dice que hace y aquello que efectivamente produce.

Para llevar esta pregunta a nuestra propia mesa podemos escoger una institución cercana y observarla desde varios ángulos. ¿Qué promete? ¿Qué produce? ¿Qué capacidades amplía y cuáles desplaza? ¿De qué nos hace depender? ¿Quién se beneficia de su funcionamiento? ¿En qué momento comienza a producir efectos contrarios a su propósito?

La tarea no es denunciar.

Es mirar mejor.

Segunda sobremesa La herramienta que termina gobernándonos

En La convivencialidad encontramos una de las preguntas más fértiles de Illich: ¿La herramienta está al servicio de la persona o la persona está al servicio de la herramienta?

Para Illich, la palabra herramienta puede entenderse en un sentido amplio. No se refiere solamente a objetos o máquinas, sino también a sistemas, instituciones, tecnologías y formas organizadas de acción.

El problema, por tanto, no consiste simplemente en utilizar herramientas. El problema aparece cuando dejamos de tener control sobre ellas, cuando comienzan a establecer las condiciones bajo las cuales debemos vivir.

Una herramienta convivencial amplía nuestra capacidad de actuar, crear y transformar nuestro entorno. Una herramienta que comienza a dominarnos reduce nuestra autonomía y termina imponiendo sus propias condiciones.

La pregunta puede trasladarse fácilmente a nuestro presente. Nuestros teléfonos, las plataformas digitales, los automóviles, los sistemas de evaluación, las redes sociales, los algoritmos, las universidades y las instituciones públicas pueden ser observados desde esta perspectiva.

No necesitamos decidir de antemano si son buenos o malos. Podemos preguntar algo más preciso: ¿En qué momento dejamos de utilizar una herramienta y comenzamos a organizar nuestra vida alrededor de ella?

Podemos traer a la mesa una herramienta cotidiana y preguntarle qué nos permite hacer, qué nos obliga a hacer, qué capacidades amplía y cuáles reemplaza. También podemos preguntarnos quién decide cómo debemos utilizarla y qué posibilidades tendríamos si pudiéramos modificarla.

La pregunta final puede ser incómoda: ¿Quién utiliza a quién?

Tercera sobremesa El problema del “más”

Una de las provocaciones más importantes de Illich consiste en cuestionar la asociación automática entre crecimiento y bienestar.

Más velocidad. Más producción. Más consumo. Más escolarización. Más servicios. Más información. Más tecnología. Más infraestructura.

Pero: ¿Más es siempre mejor?

Illich propone buscar los umbrales a partir de los cuales una herramienta cambia de signo: aquello que inicialmente ampliaba nuestras posibilidades comienza a producir dependencia, uniformidad, impotencia o destrucción.

La pregunta política deja entonces de ser únicamente cuánto podemos producir o cuánto podemos crecer. Empieza a ser también cuánto podemos hacer sin destruir aquello que hace posible una vida autónoma.

Esta pregunta tiene una enorme capacidad de viaje. Puede acompañarnos al hablar de transporte, urbanización, turismo, educación, producción, energía, digitalización, consumo o incluso de nuestras propias organizaciones.

Podemos escoger algo que nuestra sociedad considera deseable y preguntarnos cuándo deja de serlo. ¿Cuándo es suficiente? ¿Qué ocurre cuando cruzamos ese límite? ¿Quién decide dónde se encuentra? ¿Quién gana y quién pierde cuando ese umbral es superado?

Quizá una sociedad que solamente sabe preguntar “¿cuánto más?” necesite recuperar la capacidad de preguntar “¿hasta dónde?”.

Cuarta sobremesa Cuando cuidar, educar y ayudar producen dependencia

Aquí podemos poner en diálogo La sociedad desescolarizada, Némesis médica y otros textos de Illich.

Son campos diferentes, pero en ellos aparece una preocupación común: ¿qué sucede cuando una sociedad delega progresivamente en instituciones profesionales capacidades que antes formaban parte de la vida cotidiana?

La pregunta no significa negar el conocimiento médico, educativo o especializado. Tampoco supone idealizar un pasado en el que todo era mejor.

La cuestión es otra.

¿Qué ocurre cuando quien debía ayudarnos a desarrollar una capacidad termina convirtiéndose en quien la controla? ¿Qué sucede cuando aprender depende de asistir a la escuela, cuidar depende de consumir servicios, desplazarnos depende de sistemas cada vez más complejos y resolver nuestros problemas depende de acudir permanentemente a especialistas?

La escuela puede apropiarse del aprendizaje. La medicina puede apropiarse del cuidado. Los servicios pueden apropiarse de capacidades que antes pertenecían a las personas y las comunidades.

Entonces la pregunta vuelve a nosotros y nosotras: ¿Qué sabemos hacer que hemos dejado de hacer?

Podemos pensar en aquello que alguna vez aprendimos en nuestras familias, barrios, comunidades o grupos de amistad y que hoy parece necesitar una certificación, una institución o un especialista.

No para rechazar el conocimiento experto, sino para preguntarnos si todavía existe un espacio para nuestra propia capacidad de hacer, cuidar, aprender, reparar, decidir y crear.

Quinta sobremesa

Escuchar lo que quedó fuera

Una de las riquezas de la obra de Illich está en su esfuerzo por reconocer aquello que las categorías modernas tienden a invisibilizar.

El trabajo que no aparece como empleo. El aprendizaje que ocurre fuera de la escuela. Los cuidados que no aparecen como servicios. Los saberes que no reciben certificación. Las formas de subsistencia que no aparecen como producción. Las palabras que no han sido autorizadas por los expertos.

Aquí El trabajo fantasma y El género vernáculo ofrecen caminos especialmente sugerentes.

La pregunta podría formularse así: ¿Qué cosas existen, sostienen nuestra vida y, sin embargo, desaparecen cuando utilizamos únicamente las categorías con las que las instituciones modernas saben nombrarlas?

Podemos mirar nuestra propia vida y descubrir cuánto depende de actividades que rara vez aparecen en las cuentas económicas: cocinar, acompañar, reparar, cuidar, escuchar, intercambiar, enseñar, cultivar, compartir, organizarse.

También podemos mirar nuestros territorios y preguntarnos qué conocimientos son reconocidos como legítimos y cuáles quedan fuera de los informes, los diagnósticos o las decisiones institucionales.

La conversación puede comenzar haciendo visible aquello que normalmente no contabilizamos y continuar preguntándonos qué cambia cuando algo que siempre estuvo ahí adquiere un nombre, una categoría, un precio o una profesión.

A veces nombrar también transforma aquello que estamos nombrando.

Sexta sobremesa

Aprender a discutir con Iván

Sentarse con Illich significa también aceptar que podemos levantarnos de la mesa sin estar de acuerdo. Su obra no necesita convertirse en una nueva ortodoxia. De hecho, su propia trayectoria ofrece una razón para evitarlo.

Illich fue capaz de revisar sus propias categorías y reconocer que sus herramientas de pensamiento tampoco estaban completamente fuera de las formas de pensar de su tiempo. Esa disposición a revisar sus propios instrumentos resulta tan importante como muchos de los conceptos que produjo.

Por eso proponemos una práctica:

Leer a Illich contra Illich.

No para encontrar errores que nos permitan descartarlo, ni para defenderlo de cualquier crítica, sino para tomarlo suficientemente en serio como para responderle.

Podemos preguntarle dónde tiene razón y dónde se equivoca; qué no alcanzó a ver; qué ha cambiado desde que escribió; qué experiencia contemporánea contradice su argumento; con quién tendría que conversar hoy; qué concepto necesitaría revisar.

Discutir con Illich no significa disminuirlo. Significa reconocer que una obra crítica también tiene derecho a ser criticada.

Séptima sobremesa

Una ética para conversar

La conversación también tiene una dimensión ética.

En la manera de pensar y relacionarse que se desprende de su trayectoria aparece una preocupación por preservar al otro como interlocutor. Sicilia recuerda precisamente a ese Illich que aconseja, corrige, abre pistas y acompaña. Y aparece también una distinción especialmente sugerente entre controversia y polémica: la controversia permite que existan posiciones diferentes sin convertir al otro en enemigo; la polémica busca derrotarlo.

Esta diferencia resulta particularmente importante en nuestro presente.

También podemos reproducir las formas de poder dentro de nuestros espacios críticos. Podemos hablar de autonomía y no permitir el desacuerdo. Podemos cuestionar el autoritarismo y construir pequeños autoritarismos. Podemos defender la conversación y querer tener siempre la última palabra.

Por eso una sobremesa con Illich también puede preguntarnos: ¿Cómo queremos relacionarnos mientras pensamos juntos?

Quizá esta sea una de las dimensiones más profundas de su legado. No basta con defender determinadas ideas sobre la autonomía, la libertad o la convivencia. También importa construir formas de relación que hagan posible experimentarlas.

La sobremesa como práctica

La sobremesa no es solamente una metáfora.

Puede convertirse en una práctica.

Una mesa, un texto, un grupo de personas, una pregunta y tiempo suficiente para que aparezcan las asociaciones inesperadas.

No necesitamos cubrir veinte páginas. Podemos leer cinco y conversar durante una hora. Podemos comenzar hablando de una escuela y terminar hablando de nuestra propia infancia. Podemos empezar hablando de una herramienta y terminar preguntándonos qué significa ser autónomos.

- Podemos disentir.
- Podemos cambiar de opinión.
- Podemos quedarnos pensando.

La conversación puede continuar después de la mesa.

Porque quizá una de las mejores maneras de leer a Illich consiste en permitir que sus preguntas salgan del libro y entren en nuestra vida cotidiana.

La sobremesa, en ese sentido, no es solamente una forma agradable de leer. Es también una pequeña experiencia de aquello que queremos defender: un espacio donde el pensamiento no está completamente organizado de antemano, donde nadie posee por completo la respuesta y donde la conversación puede producir algo que ninguno de sus participantes habría producido por separado.

Una pequeña caja de herramientas para la sobremesa

Podemos llevar estas preguntas a casi cualquier texto de Illich y, también, a casi cualquier problema de nuestro presente.

Podemos comenzar mirando los efectos: ¿qué promete hacer y qué termina haciendo? Podemos buscar el umbral: ¿cuándo “más” comienza a producir lo contrario? Podemos rastrear la dependencia: ¿qué capacidad perdemos cuando delegamos esta actividad? Podemos buscar al experto y preguntarnos quién tiene autoridad para definir lo que necesitamos. Podemos buscar lo vernáculo para descubrir qué formas de vida quedan invisibilizadas por nuestras categorías. Podemos mirar la escala y preguntar quién controla la herramienta y quién queda subordinado a ella.

Podemos buscar la autonomía y preguntarnos qué nos permite hacer por nosotros y nosotras mismas. Podemos preguntar por los límites y pensar qué necesitamos restringir para que otras posibilidades puedan existir.

Y podemos hacer una última pregunta, quizá la más difícil: ¿Estamos reproduciendo aquello que criticamos?

¿Qué hacemos con estas preguntas en Costa Rica?

Una sobremesa no termina en Illich. Termina en nuestro mundo. Podemos llevar sus preguntas a la educación pública, a la seguridad social, a la universidad, a las políticas de agua, a las comunidades, al territorio, al trabajo, a las tecnologías digitales, a la planificación urbana y a las formas en que nuestras instituciones organizan la vida cotidiana.

Podemos preguntarnos qué instituciones nos ayudan a vivir y cuáles comienzan a vivir por nosotros y nosotras; qué capacidades comunitarias estamos perdiendo; qué saberes están siendo desplazados; qué servicios producen dependencia; dónde aparecen los umbrales; qué herramientas amplían nuestra autonomía y cuáles empiezan a gobernarnos.

También podemos llevar estas preguntas a los conflictos concretos que atraviesan nuestros territorios. Allí la obra de Illich puede servir no como una teoría que aplicamos mecánicamente, sino como una provocación para mirar de otra manera aquello que conocemos demasiado bien.

Las preguntas de Illich pueden ayudarnos a detenernos frente a aquello que suele presentarse como inevitable y preguntar:

- ¿Inevitable para quién?
- ¿Necesario para quién?
- ¿Quién decidió que debía ser así?
- ¿Qué posibilidades quedaron fuera?

La primera tarea de una mirada crítica no siempre es encontrar una solución.

A veces es mucho más sencilla y, al mismo tiempo, más difícil: volver visible aquello que habíamos dejado de mirar.

Una última taza ¿Qué nos llevamos de la mesa?

Después de leer a Illich, quizá no deberíamos preguntarnos qué debemos pensar porque él lo pensó antes.

Podemos preguntarnos algo más exigente: ¿Qué preguntas de Illich todavía son capaces de incomodarnos?

Y después: ¿Qué hacemos con esa incomodidad?

Tal vez ahí se encuentre la vigencia de su obra.

No en que sus conceptos puedan aplicarse mecánicamente a nuestro presente. No en que debamos aceptar todas sus respuestas. Tampoco en que podamos convertirlo en una figura intocable.

Su vigencia puede estar, precisamente, en que todavía puede ayudarnos a sospechar de aquello que se presenta como inevitable y a imaginar que las cosas podrían organizarse de otra manera.

Para jugar con Iván

Si queremos que esta propuesta sea realmente una invitación a conversar con Illich, podemos ir un paso más allá.

Podemos jugar con su pensamiento.

No jugar para trivializarlo, sino para hacer algo profundamente illichiano: tomar sus ideas como herramientas, moverlas de lugar, probarlas, combinarlas con nuestra experiencia y descubrir hasta dónde llegan.

Estas actividades no buscan comprobar cuánto sabemos de Illich. Buscan descubrir qué podemos hacer con sus preguntas.



Juego 1 · La institución al revés

Escogemos una institución cotidiana: la escuela, el hospital, la universidad, la municipalidad, el transporte o cualquier otra.

Durante unos minutos imaginamos que su propósito declarado se ha invertido.

Si la escuela existe para educar, ¿cómo podría terminar impidiendo aprender?

Si el hospital existe para curar, ¿cómo podría terminar enfermándonos?

Si el transporte existe para ahorrar tiempo, ¿cómo podría terminar robándonoslo?

El desafío consiste en imaginar la institución desde sus efectos contradictorios.

Después volvemos al mundo real y preguntamos:

¿Qué parte de este juego ya está ocurriendo?

Juego 2 · El objeto sospechoso

Cada persona escoge un objeto que tenga cerca: un teléfono, una computadora, un automóvil, una tarjeta, una botella, una herramienta, un libro.

Durante unos minutos lo observa como si nunca lo hubiera visto.

¿Para qué sirve?

¿Quién decidió que debía servir para eso?

¿Qué capacidades nos permite desarrollar?

¿Qué capacidades reemplaza?

¿Qué dependencias genera?

¿Qué ocurriría si desapareciera mañana?

Y finalmente:

¿Es una herramienta que utilizamos o una herramienta que organiza nuestra vida?

Juego 3 · El tribunal del “más”

Elegimos algo que normalmente consideramos positivo: más velocidad, más producción, más educación, más tecnología, más turismo, más infraestructura, más conectividad.

Una parte de la mesa defenderá el “más”.

Otra deberá encontrar el punto en que ese “más” comienza a producir problemas.

No se trata de ganar el debate.

El objetivo es encontrar el umbral.

La pregunta final será:

¿Dónde pondríamos el límite y quién debería decidirlo?

Juego 4 · Lo que no aparece

Cada persona escribe tres cosas que hace cotidianamente y que rara vez aparecen cuando hablamos de “trabajo”, “producción”, “educación” o “cuidado”.

Después ponemos todas las respuestas sobre la mesa.

¿Qué apareció?

¿Qué actividades se repitieron?

¿Cuáles permanecen invisibles?

¿Qué palabras necesitaríamos para nombrarlas?

Y una pregunta final:

¿Qué cambia cuando aquello que hacemos adquiere un nombre?

Juego 5 • Illich en 2026

Imaginemos que Illich aparece hoy en nuestra mesa.

No viene a dar una conferencia.

Viene a conversar.

¿Qué le preguntaríamos sobre inteligencia artificial? ¿Sobre redes sociales? ¿Sobre la universidad? ¿Sobre la educación pública? ¿Sobre la seguridad social? ¿Sobre las ciudades? ¿Sobre el agua? ¿Sobre el trabajo? ¿Sobre el cambio climático?

Cada persona puede escribir una pregunta que quisiera hacerle.

Luego intentamos responderla sin imitarlo.

No preguntamos “¿qué diría Illich?”.

Preguntamos:

¿Qué pregunta de Illich nos ayudaría a pensar este problema?

Juego 6 • Leer contra Illich

Escogemos una afirmación o argumento de alguno de sus libros.

Una persona debe defenderlo.

Otra debe cuestionarlo.

Una tercera debe buscar qué parte de ambas posiciones podría tener sentido.

Después cambiamos los papeles.

La regla es sencilla: nadie puede convertir el desacuerdo en una derrota.

El objetivo no es saber quién ganó.

Es descubrir si la idea se volvió más interesante después de ser cuestionada.

Juego 7 · La herramienta que todavía no existe

Después de identificar una herramienta o institución que produce dependencia, imaginamos otra forma de hacer las cosas.

No necesitamos construir un proyecto completo.

Solo imaginar.

¿Cómo sería una escuela que ampliara realmente la capacidad de aprender?

¿Cómo sería una universidad que no expropiara el conocimiento?

¿Cómo sería un sistema de salud que fortaleciera el cuidado?

¿Cómo sería una tecnología que ampliara nuestra autonomía?

¿Cómo sería una ciudad diseñada alrededor de las personas y no de las máquinas?

¿Cómo sería una institución que supiera cuándo detener su propio crecimiento?

El desafío es no comenzar preguntando “¿es viable?”.

Primero preguntamos:

¿Podemos imaginarla?

Juego 8 · Dejar una pregunta sobre la mesa

Para terminar, cada persona escribe una pregunta que se lleva consigo después de la sobremesa.

No una conclusión.

No una definición.

No una respuesta.

Una pregunta.

Las colocamos todas juntas.

Quizá algunas se parezcan.

Quizá otras se contradigan.

Quizá alguna parezca absurda.

No importa.

La última tarea consiste en elegir una y dejarla sin responder.

Porque una conversación que vale la pena no siempre termina cuando encontramos una respuesta.

A veces termina cuando descubrimos una pregunta mejor.

Para levantarnos de la mesa

Cien años después de su nacimiento, no queremos construir un monumento a Iván Illich.

Queremos abrir una conversación. Porque quizás el mejor homenaje no sea hablar sobre Illich durante horas, sino hacer algo que se parece más a aquello que su presencia intelectual y humana parece invitarnos a hacer:

- Sentarnos juntos.
- Abrir un libro.
- Leer una página.
- Preguntar.
- Escuchar.
- Discutir.
- Contradecir.
- Jugar.
- Volver a mirar.

Y dejar que la conversación nos acompañe cuando abandonemos la mesa.

Muchos de sus amigos y amigas nos ayudan a imaginar a Illich no solamente como el pensador que produjo conceptos, sino como ese amigo hospitalario, ese colega que abría nuevas pistas, que acompañaba con sus consejos y correcciones.

Quizá por eso la sobremesa sea una buena manera de acercarnos a sus cien años.

Porque una sobremesa no busca cerrar una conversación.

La prolonga.

Y eso queremos hacer con Illich:

- No memorizar una obra.
- Sentarnos a conversar con ella.
- Abrir la pregunta y dejarla sobre la mesa.

Referencias

Illich, Ivan (2006). Obras reunidas I. Fondo de Cultura Económica.

Illich, Ivan (2008). Obras reunidas II. Fondo de Cultura Económica.

Santos, Marcos (2006). Sociedad, utopía y educación en Iván Illich. *Psicologia USP*, 17(3), 183–201. <https://doi.org/10.1590/S0103-65642006000300012>

Zúñiga, José (2003). Iván Illich: Hacia una desescolarización. *Revista Electrónica Educare*, (4), 49–60. <https://doi.org/10.15359/ree.2003-4.4>



¿Qué es el Observatorio de Bienes Comunes: Agua y Tierra?

El Observatorio de Bienes Comunes: Agua y Tierra es un esfuerzo más de articulación entre el Programa Kioscos Socioambientales y el CIEP que tiene como propósito contribuir en la problematización del contexto que nos interpela a todos y todas desde esta perspectiva, a través de la generación de información y espacios de diálogo sobre las dimensiones y relaciones presentes en los conflictos socioambientales relacionados al origen, propiedad y gestión de los bienes comunes.

Pretende a través de monitoreos, campañas, talleres en comunidades, articulación con proyectos similares de acción social e investigación, generar información oportuna y vínculos de articulación para evidenciar el estado de los bienes comunes en Costa Rica, y favorecer una mayor conciencia sobre los desafíos que representa la gestión democrática de estos bienes para nuestra sociedad.

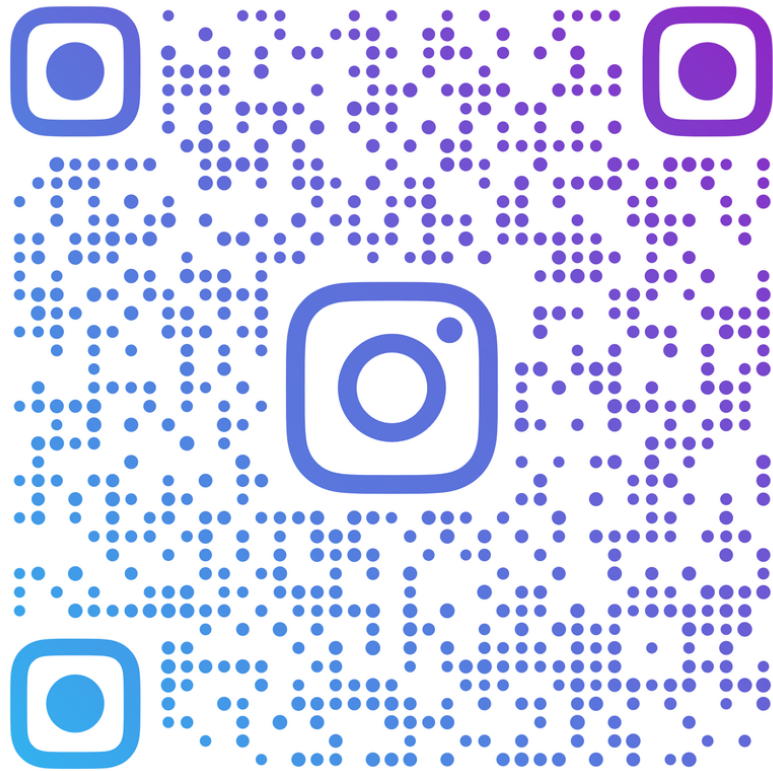
CONTACTO

observatoriobienescomunes@gmail.com

NUESTRO SITIO WEB



SÍGUENOS



OBSERVATORIO DE BIENES COMUNES

